

CAPÍTULO PRIMERO

Los neutrales

ESPAÑA Y «LA MÁS PERFECTA NEUTRALIDAD»

El 7 de agosto de 1914, diversos medios de prensa españoles publicaron una nota oficial de la Corona que se expresaba en los siguientes términos:

Declarada, por desgracia, la guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, sucesivamente, de otro; existiendo el estado de guerra entre Austria, Hungría y Bélgica, el gobierno de S.M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional.

Continuaba Alfonso XIII en un tono ya francamente amenazador:

En consecuencia, hace saber que los españoles residentes en España o en el extranjero, que ejerciendo cualquier acto hostil que pudiera considerarse contrario a la más perfecta neutralidad, perderá el derecho a la protección del Gobierno de su Majestad y

sufrirán las consecuencias de las medidas que adopten los beligerantes, sin perjuicio de las penas en que incurrieron con arreglo a las leyes de España.

Choca realmente leer esto cuando lo que se produjo a continuación fue una verdadera oleada de apasionamientos y polémicas que, en consecuencia, puede considerarse una de las explosiones de desobediencia civil más notables de la historia de España. Mientras que la opinión pública media (ya veremos cómo) se obstinaba en respetar la neutralidad gubernamental, fueron centenares y centenares los artículos y los libros que, desafiando al rey, parece que tomaron partido abiertamente por uno de los bandos contendientes de la Guerra Europea de 1914.

Retengamos, por último, dos conceptos básicos de la nota del rey: en primer lugar, llamaba «súbditos» a los españoles (y más adelante explicaré por qué razón era esencial señalar esto); en segundo lugar, situaba fuera de la ley a los desobedientes.

Corpus Barga relató el surgimiento de la propaganda de Estado del siguiente modo:

Desde el mes de agosto de 1914, empezaron a estrenarse en el mundo armas y costumbres. Las dos primeras, producidas por los alemanes: la artillería pesada y la propaganda de Estado. La artillería produjo tanta curiosidad como terror, igual que continúa sucediendo con la bomba atómica. En cuanto a la propaganda, ¿qué era eso de la propaganda de Estado? En el Vaticano había una propaganda, pero no de la política de un Estado, sino de una fe internacional. Y dentro de la nación de cada Estado, la propaganda de los partidos políticos era la elevada de las ideas o la ridiculizada de las elecciones, de la política de campanario. El estuor y la indignación que produjo en los escritores de las democracias la idea de la propaganda como arma de guerra no impidió que se adoptara.

La histeria de los escritores españoles aliadófilos y germanófilos surge de la imposibilidad de copar el espacio con sus ideales de justicia. No se han acostumbrado aún a trabajar con discursos con voluntad hegemónica, sustentados por instituciones poderosas.

En Francia, el ministerio de Negocios Extranjeros creó para ello un organismo llamado Casa de la Prensa (en la que trabajaron toda clase de escritores, por ejemplo, Cocteau), y hasta empezando a hacer la propaganda divulgó que la idea de esta no era nueva ni alemana, la había tenido y utilizado ya Napoleón, que no dejó de utilizar como estadista todo lo que estaba al alcance de su mano, hubiera utilizado, se hace hoy, la luna, ciertamente los boletines de guerra del Gran Ejército, siempre que se hizo necesario, fueron propagandísticos, falsos (1985: 190).

La prensa timorata empezó a reclamar respeto por la opción elegida por Alfonso XIII y Eduardo Dato, y aprobada en el Congreso con el apoyo de los liberales que lideraba el conde de Romanones. En este sentido, son de lo más interesantes los alarmados editoriales sin firma del periódico *La Época* del 31 de mayo y el 1 de junio de 1915. En el primero de ellos, titulado «La neutralidad ha de ser discreta», leemos:

Pues cuando es tal la unanimidad, y cuando el Gobierno se ha hecho desde el primer instante órgano fiel e inteligentísimo de ese unánime sentir nacional, y por lo cual se le aplaude y elogia tanto, ¿a qué pueden conducir manifestaciones como la de anoche, como no sea dar a voces aisladas una importancia que no tienen, y el aparato de una trascendencia que no pueden alcanzar? Si se observaran síntomas de que se pudiera variar de actitud; si se notaran vacilaciones en el Gobierno; si se tratara de ejercer presión en contra de la neutralidad, podría admitirse que se provocaran movimientos de opinión que dieran a los gobernantes los alientos precisos para perseverar en la línea de conducta que vienen siguiendo; pero porque el Sr. Lerroux vaya a Canarias y reitere lo que viene diciendo desde que estalló la guerra, sin que se le haga caso en el país, o porque el Sr. Vázquez de Mella sostenga lo que igualmente viene diciendo desde agosto del pasado año, ¿cómo se han de justificar manifestaciones contra el primero ni a favor del segundo?

El editorial del 1 de junio de 1915 es aún más explícito. Se titula «Peligros para la neutralidad», y en él leemos:

El discurso del Sr. Vázquez de Mella es una cantera rica en asuntos interesantes. Pero es un discurso peligroso. Hay oradores simplemente impulsivos o meramente sugestivos, y otros que no son ni sugestivos, ni impulsivos... ni oradores. El Sr. Vázquez de Mella es a un tiempo impulsivo y sugestivo. Si a la mayoría del auditorio —ello está en la psicología de las muchedumbres— la suggestionaría, en los espíritus serenos que acierten a sustraerse a la dominación de su elocuencia opulentísima, o que se recobren pronto de su influjo irresistible, despierta siempre ideas y sugiere reflexiones, que con más frecuencia han de ser adversas que favorables al pensamiento del orador.

Como se ve, el editorialista de *La Época* era todo un psicólogo. Y lo que viene a decir es que, aunque el líder carlista pueda haber convencido a todos, aunque tenga razón en gran parte de lo que dice (entre otras cosas, declarar la guerra al Reino Unido para recuperar Gibraltar)², la serenidad y el sentido común (lo que más aborrecerá Unamuno del discurso neutralista) deben imponerse para que España no cometa la imprudencia de entrar en la guerra. Y se va concluyendo ya:

El Sr. Vázquez de Mella quiere, y en lo que él depende lo procura, que esa gran masa nacional de neutrales se defina y se decante en la anglofobia que le domina a él, y que él ayer confesaba, justificándola, es claro, por los puntos de vista y las convicciones del españolismo. Pues invocando los mismos móviles de la convicción y del punto de vista de su españolismo, hay otros

² Realmente no se paró en barras el político tradicionalista: «Si pudiéramos ejercer la soberanía en esos 13 kilómetros, o disponer artillería moderna más lejos, duraría horas el Peñón de Gibraltar. ¡Poned frente a Gibraltar varios cañones de los que usan los austríacos y veréis lo que dura Gibraltar! (Aplausos). [...] Inglaterra estaría herida en el corazón, y tendríamos la base de la soberanía para imponer una política con Portugal. El Imperio espiritual volvería a surgir, y los 16 Estados que hablan español se agruparían junto a nuestra bandera. Así surgiría la Federación con Portugal. ¿Quién ha roto esos ideales? ¡Inglaterra! (Aplausos)» (*La Época*, 01-06-1915). Por descontado, en este sueño imperial no se mencionan las inmediatas represalias que tomaría Inglaterra en caso de que se bombardeara su colonia.

oradores y otros políticos en el país que desean y que procuran, en cuanto de ellos depende, que aquella gran masa de neutrales se defina y se decante en la germanofobia que les domina a ellos.

Y ese es el problema, el «peligro». Los que no se callan:

Y ello es tanto más grave, tanto que la acentuadísima significación que en la política nacional tienen esos propagandistas hace que la división, en que pretenden abarcar a todos los españoles para el magno problema exterior, trascienda a la vida interior, a la política interior. ¡Y qué horribles serían para España las consecuencias de la guerra, si la convención de la paz futura nos hallara deshechos, en una nueva enconada lucha entre los dos fanatismos que durante un siglo han impedido a nuestra Patria rehacerse y vencer la fatalidad de la decadencia!

Este tipo de discursos serán los más combatidos por los aliadófilos: los que, en nombre de la unidad nacional, renuncian al debate y a la discordia interna, precisamente los factores que para Unamuno eran las semillas del resurgir de la sociedad civil.

La neutralidad era un españolismo popular, y la prensa oficialista no estaba dispuesta a que nadie resquebrajara esa unanimidad. Con toda transparencia lo dictaminó *La Época* en su portada del jueves 3 de junio de 1915:

Para mantener mejor esta política y para secundar al Gobierno en su empresa, conviene que se moderen las apasionadas manifestaciones de simpatía hacia unos y otros beligerantes a que a veces asistimos. Sabemos que la indiferencia es imposible, pero lo que deseamos es que los españoles discurran y piensen como españoles, y no como alemanes o como aliados. No es que la neutralidad corra serio peligro por tales intemperancias: pero su concepto, el prestigio que la rodea fuera de España, y la situación futura que puede proporcionarnos, no ganan nada con estas exageraciones.

Se produjo a partir del verano de 1914 una competencia por ver quién monopolizaba el concepto de españolidad. Para los carlistas

belicistas, la españolidad pura no podía dejar de alinearse inmediatamente junto a los Imperios. Para los aliadófilos, la españolidad pasaba por situarse al lado de las democracias. Y para los que fueron mayoría, los neutralistas, la españolidad permanecía al margen de los funestos asuntos europeos.

Los editoriales de *La Época* situaban en el escenario a dos figuras políticas antagónicas que cobrarán cierto protagonismo en este libro: Lerroux y Vázquez de Mella, el republicano radical (ya bastante domesticado) y el líder carlista. Ambos considerados peligros públicos porque podrían, en algún momento dado, reventar la neutralidad oficial de España. Ambos considerados como símbolos de idearios totalmente opuestos, pero unidos puntualmente por idéntica desobediencia. Lerroux exigió abiertamente participar en los combates al lado de Francia y el Reino Unido para vincular a España, de forma irreversible, con el conjunto de las naciones democráticas. Vázquez de Mella reclamó intervenir en el bando germano, para resucitar a la España imperial, recuperar Gibraltar y resucitar los valores hispánicos de siempre. Ambos fueron las puntas de lanza de dos grupos de opinión extremos, abiertamente desafiantes, hoy diríamos *antisistema* y que entonces se llamaban *antidinásticos*, y entre ellos se desarrolló un amplio y rico abanico de opciones, que son precisamente las que el presente libro se propone aislar, medir y analizar.

Por una parte, junto a Vázquez de Mella, los tradicionalistas jaimistas, a quienes podríamos denominar *germanófilos puros*, es decir, partidarios de entrar en la guerra al lado de Alemania, Austria y Turquía. Un poco más al centro, tendríamos a los neutralistas más o menos germanófilos, es decir, a los conservadores monárquicos (datistas, mauristas y otros tradicionalistas independientes), sentimentalmente alineados con los Imperios Centrales pero reacios a romper la neutralidad decretada por el Gobierno. Esto es, la germanofilia legalista. Y aquí entrarían los escritores Jacinto Benavente, Ricardo León, Wenceslao Fernández Flórez y José María Salaverría, y una amplia cohorte de periodistas y autores de menor talla que inundaron España de relatos de viajes y de propaganda proalemana (Juan Pujol, Vicente Gay, José Juan Cadenas).

A la izquierda, aliadófilos de todo tipo: por un lado, los exaltados que reclamaban entrar en la guerra junto a Francia inmediatamente, muy minoritarios, como Alejandro Lerroux o el doctor Solé i Pla; por otro, los más, los regeneracionistas demócratas partidarios de extender los valores de ciudadanía aunque no se pudiera cumplir aún, por motivos diversos, con el ideal de ayudar a Francia y a Inglaterra en su empresa de derrotar a los imperios feudales. Y aquí entraban autores de gran prestigio: Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Luis Araquistain, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, Álvaro de Albornoz o Julio Álvarez del Vayo. Pero no fueron estos los más tempraneros. Las protestas contra la neutralidad vinieron de la pluma de Alejandro Lerroux (*El Radical*, 10 de agosto de 1914) y la del Conde de Romanones («Neutralidades que matan», *Diario Universal*, 19 de agosto).

Esas, y no otras, eran las «voces aisladas» que perturbaban la «perfecta neutralidad» decretada por Alfonso XIII. Voces no tan aisladas como hubieran deseado los oficialistas, puesto que Lerroux y Romanones tenían detrás a sectores más o menos amplios de la opinión pública susceptible de convertirse en ciudadanía movilizada. Voces como la de Unamuno, que se distinguió por sus ataques directos contra el gobierno: «Lo de la neutralidad del Gobierno de Dato no es más que una mentira», proclamaba don Miguel en *Iberia* el 26 de junio de 1915. Dos años más tarde, escribía el mismo autor:

Hubo un tiempo en que se habló en España de la neutralidad neutral a toda costa y pasara lo que pasase. No sabemos si quedan aún energúmenos o asalariados de Alemania o alemanes disfrazados de españoles para hablar de eso. No sabemos si quedan después que Alemania, con su pretendido bloqueo por submarinos y la forma en que quiere llevarlo³, ha declarado de hecho la guerra

³ En invierno de 1915, para responder al bloqueo decretado por los británicos, los alemanes declararon la «guerra total» marítima sirviéndose de su flota de submarinos. Se creó una «zona de exclusión» alrededor de las Islas Británicas con el objetivo de cortar los suministros de armamento para el ejército y alimentos para la población civil. El 7 de mayo de 1915, los alemanes hundieron un barco de pasajeros, el *Lusitania*. Murieron 1.201 personas, 128 norteamericanas. Los Estados

a todos los neutrales, especialmente a los europeos y muy en especial a España (*España*, 01-03-1917).

Voces como la de Gabriel Alomar, republicano cada vez más decantado hacia el socialismo, para quien una agresión contra Francia e Inglaterra debía ser considerada, automáticamente, como una agresión contra España, por ser esta «una nación integrada en el bloque liberal-democrático» (1917: 88).

Ahora bien, delimitados los extremos y las posturas intermedias, falta hablar de los neutrales. La neutralidad fue la opción mayoritaria entre las clases medias españolas y, sin embargo, ha sido la ideología menos estudiada de las tres que convivieron (o compitieron) en la agitada España del período comprendido entre 1914 y 1918. Opino que la neutralidad es la más notoria de las ausencias en el libro de Fernando Díaz-Plaja. Y existen indicios de que los ánimos estaban caldeados en la sociedad española, no solo caldeados a favor de la aliadofilia democrática o los derechos de los obreros, sino también a favor de que cesaran inmediatamente los «peligros para la neutralidad». Corpus Barga registra una curiosa anécdota sobre el regreso de Lerroux a España después de dejar consignado en París que lideraría la propaganda francófila:

Los dos puntos de apoyo de la propaganda francesa en España se intentó que fueran Blasco Ibáñez y Lerroux, pero Blasco Ibáñez, retirado voluntariamente de la política y establecido en París para lanzarse a la literatura universal, no tuvo que ir a España. Lerroux, que había ido a París a tratar del asunto, apenas de vuelta en España, en Irún, fue atacado por la multitud y tuvo que

Unidos protestaron con energía y los submarinos se retiraron. En adelante, los alemanes respetaron las normas internacionales de navegación, que obligaban al atacante a inspeccionar la embarcación que iba a ser hundida y permitir que los pasajeros se alejaran en botes salvavidas. Sin embargo, Alemania construyó 108 submarinos en 1916 y, en febrero de 1917, volvieron a hundir sistemáticamente cualquier buque que se aproximara a Francia o las Islas Británicas. A partir del 10 de mayo de 1917, los mercantes consintieron en ser escoltados por acorazados ya capaces de detectar la presencia de los submarinos (Stone, 2013: 96 y 98-99).



Submarino alemán caracterizado como un monstruoso pez que se dispone a devorar a un niño. *España*, 17 de febrero de 1916. Biblioteca Nacional.

huir en automóvil al que se agarraba la gente y al que siguió agarrado durante kilómetros intentando agredirle un motociclista (1985: 190-191).

¿Quiénes trataron de linchar a Lerroux? ¿Neutralistas fanáticos? ¿Admiradores de Dato? ¿Nacionalistas vascos? ¿Regionalistas tradicionalistas? Cualquiera respuesta sería una conjetura. Pero es posible que las ideas de esos agresores no se circunscribieran al ámbito vasco, y que hubiera neutralistas o germanófilos dispuestos a agredir a los más destacados líderes republicanos. Así, por ejemplo, el lunes 18 de mayo de 1917, es decir, el día siguiente al de la celebración del «Mitin de las izquierdas», el mitin de la aliadofilia, *El Imparcial* se hacía eco, no solo de los discursos pronunciados allí por Unamuno, los republicanos Álvaro de Albornoz, Melquíades Álvarez y Roberto Castrovido, y el socialista Menéndez Pallarés, sino también de los disturbios («Numerosas colisiones—Detenciones y cargos—Varios heridos—Agresión a Melquíades Álvarez», rezaba el titular) que se produjeron aquella tarde. Al parecer, «en el tendido 7 gritó un espectador una frase molesta para D. Melquíades y se produjo un alboroto, en el que hubo palos». ¿Quiénes trajeron palos al mitin? ¿Germanófilos? ¿Neutralistas? ¿Neutralistas germanófilos? ¿Sicarios pagados? ¿Republicanos críticos con el reformismo? En todo caso, parece que no fue una tarde precisamente serena y que se produjeron choques con las fuerzas del orden, las fuerzas cuya misión era, en aquel momento, no lo olvidemos, garantizar la neutralidad.

La situación era explosiva en las grandes ciudades. Fuentes Cordera nos lo ha recordado: «La crispación fue tal que llegaron a suspenderse las funciones de teatro que pudieran alterar el orden y se prohibió la proyección de películas y noticiarios en los que se hiciera referencia a la guerra» (2013: 8). Tras las proyecciones se producían peleas multitudinarias. Un chiste publicado en Barcelona (*La Campana de Gràcia*, 17 de febrero de 1917, pág. 2) muestra a dos transeúntes cualesquiera, en la calle. Uno lleva el brazo en cabestrillo y el otro le pregunta por el camino más corto para llegar al hospital. El del brazo roto le dice: «Sí, hombre. Dé usted dos vivas al Káiser, y enseguida lo llevarán allí».

No disponemos, sin embargo, del relato autorizado de aquel pánico español a la guerra desencadenado entre 1914 y 1917. Para realizar ese relato sería necesario, por ejemplo, tratar de ver qué clase de directrices recomendaban los sacerdotes a sus fieles durante los sermones, o utilizar las herramientas del antropólogo. Sabemos, por ejemplo, que cuando Blasco Ibáñez regresó a España tuvo serios problemas en Barcelona, por los disturbios que originaron los neutralistas o los germanófilos, o los germanófilos neutralistas. Lo que tenemos por ahora son indicios de hasta qué punto se la jugaban quienes sostenían la causa de la intervención, de hasta qué punto se tenía terror a que España se comprometiera con los aliados, se desobedeciera al rey y a Dato, y de hasta qué punto causó indignación entre algunos dirigentes (Romanones, Melquíades Álvarez) que el gobierno conservador secuestrara la opinión nacional en nombre de una unidad disciplinaria, aunque ambos coincidieran en la necesidad de permanecer neutrales.

El ejemplar del periódico *La Época* del 2 de junio de 1915 nos da más pistas sobre todos estos alborotadores, en la nota «El señor Lerroux en Sevilla»:

Procedente de Utrera llegó esta tarde en automóvil el Sr. Lerroux, acompañado del diputado Sr. Sánchez Robledo. Se dirigió directamente al Hotel de Madrid, donde se hospeda. A poco de llegar comenzó a circular la noticia entre los elementos antilerrouxistas, que se dispusieron a exteriorizar su hostilidad. Se repartieron silbatos, y por las esquinas fueron fijados pasquines. En la Plaza Nueva se reunieron numerosos manifestantes. En grupos recorrieron las calles céntricas, dando vivas a la neutralidad y mueras a Lerroux, seguidos de una pita ensordecedora. Los grupos se reunieron frente al Hotel de Madrid, y allí repitieron durante largo rato los gritos y los silbidos. La Policía los disolvió; pero se rehicieron, y entonces aquella dio una carga. Se practicaron varias detenciones y hubo bastantes contusos. Los manifestantes siguieron recorriendo las calles, produciéndose en diferentes sitios choques con los radicales. [...] De madrugada continuó la manifestación.

Lo que nos está relatando aquí este anónimo redactor es una auténtica batalla campal entre «neutralistas», radicales y fuerzas de

seguridad, que en este caso protegían la integridad de Lerroux. Fueran cuales fuesen las ideas de los manifestantes, lo que resulta claro es que la animadversión hacia Lerroux era generalizada en varios puntos de la península. Lo que había ido a decir el líder radical a Sevilla lo especifica también el cronista:

[Lerroux] entiende que la intervención nos proporcionaría los beneficios de afirmar la integridad nacional, hoy sin garantías por falta de elementos militares; posibilidad de obtener Gibraltar y Tánger, probable ampliación de nuestra zona en Marruecos y facilidades para obtener un empréstito de unos cuantos miles de millones para la reconstitución interior.

Lerroux solicitó formalmente poder hablar en el Ateneo sevillano. «Deben oírme», dijo, «aunque luego me arrastren». Si lo consiguió, no lo sabemos.

La neutralidad española únicamente corrió un peligro real durante los primeros meses de 1917, cuando se desató la «guerra total» de los submarinos alemanes, y Romanones, que había sustituido a Dato en la jefatura del gobierno, se planteó seriamente la posibilidad de declarar la guerra a Alemania. Si algún día me sobrara el tiempo, escribiría la novela de qué hubiera pasado con España de haberse decantado la balanza hacia la intervención en aquel momento crítico. Finalmente, Romanones chocó con el parecer del monarca y no entró España en la guerra. A partir de entonces, el líder liberal será visto como un cobarde por Unamuno, que lo situará al lado del inefable Dato.

Propongámonos, a continuación, definir y caracterizar a los que se declararon neutrales, si es que realmente los hubo en España, que parece que sí, ya que incluso trataron de linchar a Lerroux por lo menos dos veces, y tratemos de conocer sus razones. Porque estamos convencidos de que muchos intelectuales y políticos que pasan por germanófilos o aliadófilos eran en realidad neutralistas. Nadie discute en la actualidad que la postura de Melquíades Álvarez fuera la aliadofilia. Sin embargo, sus propias palabras deben hacernos dudar:

al hablar de la guerra hay que distinguir frente a ella la actitud del Gobierno y la de los partidos políticos. La actitud del Gobierno,

que lleva la voz entera de la nación y sirve preferentemente al bien público, no puede ni debe ser otra que la actualmente observada; esto es, una actitud de neutralidad. Para adoptarla no ha hecho otra cosa que acatar la voluntad del país y servir lealmente sus intereses. Forzoso es reconocer que, por la forma en que la practica, sin olvidar ninguno de sus deberes, pero sin perder de vista tampoco la amistad y la conveniencia de España, cumple con acierto su cometido y merece un sincero aplauso.

¡Esto veía la luz en *ABC*, el 2 de mayo de 1915! Si es aliadofilia, debe ser distinguida tajantemente de la campaña ferozmente antida-tista de Unamuno. Es posible que en algunos casos se haya procedido desde la categoría al análisis, y se deba matizar. Melquíades Álvarez, que propuso una «neutralidad relativa» solidaria con los aliados, es una de ellas, y no cabe duda de que se acerca más a la ortodoxia o la obediencia datista que a la aliadofilia revolucionaria de Unamuno o Araquistain, la que no cabía dentro del sistema.

LOS NEUTRALES

Con los datos en la mano, es posible localizar personalidades que, a través de sus escritos, manifestaron una inequívoca neutralidad sin presentar los clásicos argumentos germanófilos. Por ejemplo, José Echegaray, el premio nobel, envió un escrito a la prensa declarándose «un fanático de la neutralidad» (*La Época*, 30-10-1914). Ángel Ossorio y Gallardo afirmó que «los francófilos y los germanófilos están haciendo con sus controversias un grave daño a España, porque se complacen en exhibir ante el extranjero una verdadera guerra civil de los espíritus. Hispanófilo hay que ser» (Díaz-Plaja, 1973: 14). Parece que en estos argumentos media un criterio regeneracionista, la necesidad de mantener la paz interna para ir creciendo poco a poco como nación. Pero lo que define a los neutralistas auténticos es la diversidad de motivos. Sofía Casanova, por ejemplo, escritora de pulso muy firme, ejerció de enfermera durante la contienda y vio tantas salvajadas cometidas por rusos y por alemanes que fue incapaz de mostrar claramente preferencias. Es posible